

inaudita, le sacó el corazón y se le comió á vista del santo mártir, que dió fin á esta miserable vida para volar á la eterna.

Su martirio fué á diez y seis de marzo de mil y seiscientos y cuarenta y nueve. El P. Juan se adelantó un día á su santo compañero, porque remató su corona el día dicho, y el P. Gabriel el siguiente, á diez y siete de marzo.

Sus cuerpos quedaron en los palos, y despues de tres días fueron recogidos de los cristianos y sepultados con más lágrimas que aparato en la forma que pudieron.

Sus almas están reinando en el cielo, y sus cuerpos las acompañarán despues en la gloria, de que gozarán eternamente como compañeros y consortes de sus tormentos.

Y porque á ninguno que leyere esta historia, le quede deseo de saber quién fué el P. Gabriel Lallemant, sepa que, como dijimos, nació en París de padres nobilísimos; entró en la Compañía de diez y seis años, el año de mil y seiscientos y veinte y seis, á veinte y cuatro de marzo; estudió Artes y Teología con mucho aprovechamiento y buen nombre de estudiante; leyó ocho años letras humanas y Filosofía, fué de pequeño cuerpo y corta salud, pero de mucho ánimo y más virtud, porque fué ejemplarísimo y fervorosisimo religioso, y toda su vida ansioso de pasar á predicar á los infieles. Lo cual alcanzó con muchas lágrimas, oraciones, penitencias y ruegos á los Superiores, y partió á la antigua Canadá y Nueva Francia el año de mil y seiscientos y treinta y uno en compañía del santo Mártir P. Juan de Brebeuf, y trabajó gloriosamente en aquella inculta tierra, predicando, bautizando y trayendo muchas almas á Dios á costa de inmensos trabajos padecidos por su amor, los cuales coronó con tan ilustre martirio, ofreciendo gustosamente la vida por la gloria del Señor: su memoria será gloriosa en la tierra y mucho más en el cielo, á donde reinará eternamente por todos los siglos de los siglos. Amen.

Refiere su vida y martirio el P. Juan Nadaso en su *Martirologio*, y más copiosamente el P. Felipe Alegambe al fin del suyo, á donde trae los testimonios auténticos de todo lo referido.

P. ANDRADE.

P. ANTONIO DANIEL

UNO de los varones apostólicos, que movidos del Espíritu Santo y del celo de la salvacion de las almas, pasaron el año de 1633, de Francia á la antigua Canadá, ahora intitulada la Nueva Francia, fué el P. Antonio Daniel, varon verdaderamente apostólico y digno de eterna memoria por su santidad, por su celo, por la caridad que tuvo para con todos, por su invencible paciencia y sus infatigables trabajos en la conversion de los infieles y por el valor con que ofreció su vida en sacrificio por la gloria de Dios y la predicacion de su Evangelio.

Nació este siervo de Dios en la ciudad de Diepa, tan célebre por sus minas de preciosos mármoles y finísimos jaspes, y más célebre por haber dado al mundo esta preciosa piedra, labrada con su inocente sangre, para honrar y enriquecer el edificio de la Iglesia militante y triunfante.

Nació el año de 1599, de padres nobles por su sangre y mucho más nobles por la que derramó su santo hijo en servicio de Cristo. Criaronle, como católicos, en toda virtud y santidad, y su natural era tan generoso y blando, que recibia fácilmente el pulimento espiritual y la labor de sus manos.

Estudió latinidad y virtud igualmente, aprovechando en ambas facultades con ejemplo de todos; y cuando llegó á los veinte y un años, le llamó Dios á la religion, adonde fué recibido el de 1620, con igual gozo suyo y de los nuestros, que le amaban por sus buenas prendas y tenian fundadas esperanzas de que habia de honrar la Compañía con sus buenos talentos y lucidos trabajos.

El que en el siglo vivió con edificacion, en la religion vivió siempre como santo, humilde, obediente, pobre, contemplativo, penitente y observante de sus reglas; en todo era un ejemplo y dechado de un perfecto religioso, y de tales costumbres y modestia, que decian los Superiores que no parecia su virtud adquirida, sino natural y tan innata, que habia nacido con ella desde el vientre de su madre.

En acabando los estudios, se ordenó de Sacerdote y se entregó á los ministerios de los prójimos con ardentísima sed de ganar sus almas. Ofrecióse en este tiempo la mision de la Nueva Francia, que pocos años ántes se habia descubierto y poblado primero por los ingleses y holandeses, y despues por los de Francia; y oyendo la muchedumbre de naciones gentiles y bárbaras que habitaban en aquella tierra sepultadas en las sombras de la muerte, en-

tregadas á idolatrias y vicios y pecados, se encendió en vivo deseo de ir á predicarles y enseñarles la ley santa de Dios y sacarlos de sus tinieblas con la luz del Evangelio.

Ofrecióse muy de corazon para esta empresa á los Superiores, los cuales, como conocian su alentado y fervoroso espíritu, le dieron grata licencia para ella.

Embarcóse con los primeros que pasaron á aquella region tan nebulosa y fria, que la mayor parte del año está cubierta de nieve, y sus moradores más parecen fieras y brutos silvestres que hombres racionales, aunque tienen forma de ellos, pero las costumbres son tan bárbaras, que desmienten con las obras lo que muestran con la forma exterior, sin género de policía ni gobierno, ni culto ó veneracion de Dios.

Unos ídolos adoran, más por miedo del demonio que por respeto ó estimacion: no tienen más ley que su gusto, ni esperan otra vida, regulando la suya con la de los brutos, que se limita en nacer, vivir y morir; su comida es lo que la tierra produce sin labor humana, algun pescado que cogen, ó animales que cazan, y el mayor y más regalado banquete es de los mismos hombres, matándose y comiéndose unos á otros, sin respetar el padre al hijo ni el hijo al padre, ni el hermano al hermano, con una inhumanidad inaudita que pone grima oírlo.

A esta tierra y á esta gente, fué el siervo de Dios con sus santos compañeros; á esta gente más brutos que los brutos y más fieros que las fieras, fué á predicar y domesticar este varon apostólico; y bien se deja entender los trabajos y fatigas que padeceria en reducirlos á vida racional, y en trocarlos de fieras en hombres de razon, y hacerles creer que habia otra vida y que habia un Dios omnipotente que los crió y los conservaba, y les habia de juzgar y dar á cada uno el premio segun sus merecimientos, para ellos inaudito, como las demas verdades del Evangelio.

Quince años trabajó en esta tierra con indecible trabajo, venciendo con mansedumbre, paciencia y perseverancia la pereza de estos bárbaros, acomodándose á ellos cuanto fué posible; procuró ganarles las voluntades con dádivas y servicios, sirviendo á los sanos y curando los enfermos.

Pudo tanto su caridad, que venció su fiereza y los redujo á poblados, y á vida doméstica y policía cristiana, y á recibir la fe de Cristo, y en este tiempo bautizó siete mil almas, levantó cruces y templos al verdadero Dios, destruyendo los ídolos falsos que adoraban.

Callo aquí las incomodidades y trabajos que pasó, y las fatigas que le costó romper estas incultas tierras de la idolatria y trocarlas en paraísos de virtudes, por no aterrorizar á los que Dios llamare á semejantes empresas; porque verdaderamente es necesario su especialísimo espíritu para entrarse por ellas,

y sumo aprecio de las almas para comprarlas á costa de tantos trabajos, que los menores fueron la hambre, no teniendo que comer sino yerbas y frutas silvestres y algun mal pescado, y muchas veces nada de esto, sino las yerbas del campo; apagando la sed con agua cruda, gruesa y salobre en tierra tan helada; el vestido de pieles de fieras, que usan los bárbaros; la habitacion de chozas, sin género de reparo en el estío ni defensa en el invierno, caminando á pié muchas leguas, con manifiesto riesgo de ser comido de fieras, aposentándose unas veces en las grutas de las peñas, otras en los huecos de los árboles, no pocas por rios anchísimos de dos y tres millas, medio desnudo, llevando los ornamentos de la Misa y los vestidos al hombro, y á este modo muchas penalidades que el siervo de Dios pasó con alegría por su amor y por traer á su conocimiento y servicio aquellas almas.

Floreciendo, pues, la cristiandad con tan gloriosos aumentos en aquella inculta tierra, con muy grandes esperanzas de conquistarla toda para Cristo, envidioso el demonio del bien de aquellas almas y lleno de rabia y furor contra el santo mártir que las predicaba y convertia, armó todas sus fuerzas contra él, y tomando ocasion de algunas diferencias que tuvieron los indios naturales con los franceses, que habian edificado un pequeño pueblo en su tierra, los persuadió que les hiciesen guerra y los desterrasen de ella, y pasasen á cuchillo á todos los que se habian bautizado.

Como ellos eran tan bárbaros y crueles y estaban ofendidos de los franceses, con facilidad se resolvieron á seguir este maldito consejo, y en breve tiempo se juntaron y formaron ejército de hombres armados, y vinieron á la estancia á donde el santo mártir estaba, el cual viendo venir los escuadrones, levantó los ojos y el corazon al cielo, pidiéndole su favor y que guardase aquel nuevo rebaño de ovejas suyas, que tanto le habia costado.

Recogiolas todas, y, con la brevedad que la ocasion permitia, las exhortó á morir por Cristo y á no dejar su fe por todos los intereses del mundo, prometiéndoles en premio la vida eterna: luego les ordenó que se pusiesen en salvo, abriéndoles una puerta secreta, por donde todos huyeron. Persuadiéronle que los siguiese, y se librase de la furia de aquellos enemigos; pero el siervo de Cristo, imitándole cuando en su Pasion salió al encuentro á los que le prendieron, por resguardar sus Discípulos; hizo á los suyos que caminasen, y él salió á detener los escuadrones, porque tuviesen lugar de ponerse en salvo.

Cuando los bárbaros le vieron solo y sin armas hacerles rostro, quedaron admirados y suspensos; pero, como toda su rabia era contra los predicadores del Evangelio, y le conocieron por maestro de los cristianos y caudillo de los que se habian bautizado, jugaron contra él sus armas, flecharon sus arcos y

descargaron sobre el bendito Padre una lluvia de saetas y balas de arcabuzos. Y no contentos con esto, le hicieron pedazos con sus espadas, y arrastraron su cuerpo hasta la iglesia, la cual entraron y ultrajaron, y con furor sacrilego la pusieron fuego y la abrasaron con todas las cruces, imágenes y ornamentos sagrados y el cuerpo del santo mártir, el cual se deshizo en menudas cenizas, sin quedar reliquia ni señal alguna de él en el incendio. Su alma subió, como nuevo fénix al cielo, renovándose en las llamas á vida inmortal y eterna.

Su muerte fué tan sentida y llorada de sus hijos, cuanto celebrada de los ángeles y bienaventurados, que le coronaron en el cielo con el glorioso laurel que nunca se marchita; y, porque no le faltase alguna prerogativa de santo, apareció dos veces á uno de la Compañía, muy familiar suyo, dándole noticia de su feliz suerte. Y estando en aquella tierra, aunque léjos, otros Padres de los nuestros, consultando entre sí los medios que se pudieran tomar para la conversion de aquellos gentiles, se halló con ellos y los exhortó á diligenciar su salvacion, dándoles los medios que podian tomar para ella; y computando despues el tiempo, hallaron que era el mismo de su martirio, y que en esta y en la otra vida celaba con tan grande cuidado y caridad la salvacion de las almas.

Ultimamente, apareció cuarta vez glorioso, como de edad de treinta años, siendo cuando murió de cuarenta y ocho, á un religioso muy devoto suyo, y le dijo cómo estaba gozando de Dios en el cielo. Preguntóle el religioso, por qué habia permitido Dios que fuese tan ultrajado su cuerpo, y quemado y hecho polvos, habiéndole servido tan fielmente: á que respondió el santo mártir: «Fué providencia Divina, porque por aquel desprecio me dió Su Divina Majestad grande número de almas del Purgatorio que me fuesen acompañando, con las cuales entré triunfando en el cielo.» Y dicho esto desapareció, dejándole gozosisimo de haberle visto tan glorioso, y muy animado á seguir sus pisadas, sufriendo muchos trabajos por Dios, y procurando llevar muchas almas al cielo. Que estos y semejantes efectos hacen las verdaderas revelaciones de los santos y justos, que envia Dios á visitar á sus siervos en la tierra.

Su glorioso martirio fué á cuatro de julio de mil seiscientos y cuarenta y ocho años, aunque otros dicen de cuarenta y nueve.

Escribieron su vida el P. Felipe de Alegambe en el tomo de los *Mártires de la Compañía*, y el P. Juan Nadaso en el *Compendio de ellos*; y ambos sacaron sus relaciones de las cartas *Anuas* de Francia de mil seiscientos y cuarenta y ocho y cuarenta y nueve.

P. ANDRADE.

P. ISAAC JOQUES

SEARCHANDO los franceses el mar del norte en nuestra edad, llegaron á tierras no conocidas, regiones frigidísimas de Tierra firme, continuada con la de Méjico por las provincias de Cinaloa, aunque distantes de ellas muchas leguas, habitadas de gente bárbara, fiera y de costumbres indómitas, dados á todo género de vicios, como hombres sin Dios y sin razon, y que no tienen otra ley más que su apetito, acostumbrados á comer carne humana y á matarse unos á otros sin género de humanidad.

A esta region, de su cosecha tan fria, que la mayor parte del año está cubierta de nieve, y habitada de moradores tan feroces, que no tienen de hombres más que el nombre, llevó á los franceses el interés de la pesca, de que abundan sus mares, y el de animales, cuyas pieles y lana son de mucho precio en Europa, como llevó á los españoles á las Indias la codicia del oro y de la plata; pero Dios, cuyos intentos son altísimos, nacidos de su infinito amor y providencia, tomó este medio para la conversion de muchas almas, que alumbradas con la luz del santo Evangelio, subiesen á poblar las sillas del cielo.

Los franceses llamaron á esta tierra la Nueva Francia, como los españoles á sus Indias la Nueva España; y, para poder comerciar con los naturales, hicieron algunas cortas fundaciones de mal formadas chozas, que no merecian nombres de casas, adonde se recogian con suma incomodidad, padeciendo continuas molestias de los bárbaros.

Diligenciaron por amor y por temor, con dádivas y con armas su amistad, sin la cual eran frustrados sus intentos; y, juzgando que el mejor medio seria reducirlos á la fe de Cristo, con la cual recibirian la gracia divina y la policia cristiana, y seria un nuevo vínculo para tener amistad, siendo todos de una religion, porque la diversidad engendra discordias y la uniformidad concordia, trataron con el rey cristianísimo de Francia, á la sazón Enrique IV, que enviase á aquellas partes predicadores de tanto espíritu y celo de la salvacion de las almas, que redujesen aquellas al suave yugo de Cristo.

El rey escogió para esta empresa á los religiosos de la Compañía, de quien siempre fió su alma y las de todos sus hijos, y envió en varias embarcaciones muchos religiosos de nuestra Compañía, varones de conocida santidad, espíritu y celo de las almas, despreciadores del mundo y de sí mismos, restados á todo género de trabajos y ofrecidos á la muerte por dar la vida es-

piritual á sus prójimos, como lo mostraron por la obra, dando muchos las vidas por la fe que predicaban, y regando aquel nuevo jardin de la Iglesia con su propia sangre que, como dice Tertuliano, fué la semilla que fertilizó la Iglesia y dió á ciento por uno.

De los cuales, aunque tenemos cortas noticias, pondremos aquí las que alcanzamos, por no privar del todo de ellas á los que desean tenerlas, remitiéndonos á la historia, que de toda aquella conquista y de los religiosos nuestros que han trabajado en ella, sacan á luz los Padres de Francia, y está cerca de imprimirse.

Uno de los esclarecidos varones, que pasaron de Francia á la Acaya, Nueva América y Nueva Francia, á emplear su vida en la conversion de los infieles, fué el P. Isaac Joques, natural de Orliens, el cual despues de haber trabajado en la Compañía muchos años en la cultura de las almas, fué enviado por los Superiores á la conversion de los infieles.

Era hombre de vehemente aprension, y conocia los riesgos á que exponia su vida, las incomodidades y trabajos que habia de pasar; pero movido con el ejemplo del santo mártir Carlos Espínola, se encendió de manera en el deseo del martirio, que no cesaba de pedirle á Dios de día ni de noche, hasta que una vez oyó la voz del Señor, que le dijo: *Tu petición ha sido oída, y se te concede lo que has pedido; esfuérzate á padecer y ser robusto*, con que se consoló y partió gozoso á predicar á los infieles. Con mucho gozo y alegría se ofreció á aquella jornada, como quien iba á recibir la corona que Dios le tenia preparada del santo martirio.

Entró en aquella tierra el año de mil y seiscientos y treinta y seis, y predicó en ella por espacio de once años con igual fruto y paciencia; porque como dice Cristo, la buena tierra de los corazones escogidos lleva el fruto á medida de la paciencia, y la de este insigne obrero de la viña del Señor fué tan grande, cuanto se puede colegir de los bárbaros con quien guerreaba, batallando con sus vicios y con sus indómitas costumbres, para trocarlos de fieras inhumanas en hombres de razon.

Cúpole el partido de los hiraqueis, que son los más indómitos y crueles, y, como tales, ofendidos de su exhortaciones, le prendieron á dos de agosto de mil y seiscientos cuarenta y dos, y le dieron muchos palos, golpes y bofetadas, y faltó poco para quitarle la vida.

Lleváronle á sus tierras por esclavo, sirviéndose de él como de tal; el trabajo del siervo de Dios era sin medida, así de día como de noche, sin darle hora de descanso; el vestido pieles de animales mal curadas; la comida raíces de árboles y yerbas silvestres, y por gran banquete, alguna cosa de pescado; la cama el duro suelo, los frios intolerables, helándose con las nieves hasta los

mismos mares. ¿Qué haría el pobre religioso cautivo, aborrecido de los bárbaros, que tenían por trofeo maltratarle, y por obsequio y sacrificio agradable á sus abominables dioses acabarle la vida con incomodidades?

Pero la invencible paciencia del santo mártir venció á su bárbara malicia, retornando bien por mal y sirviendo con agrado á los que con tanto desagrado le atormentaban, rogando á Dios por ellos y diligenciando su bien por todos los medios posibles; y, como no valian razones á los que como brutos estaban tan léjos de ellas, peleaba con obras de suma caridad para vencerlos con ellas; pero su dureza era tal, que ni el ardiente fuego de su caridad pudo ablandarla, porque en retorno de sus servicios, le cortaron los dedos de las manos y le dieron tantos golpes y heridas, que en breve tiempo no tuvo parte sana en su cuerpo, estando, como otro Job, todo llagado por Cristo; y á un mozo compañero suyo, que le ayudaba á catequizar á los niños, le hicieron pedazos en su presencia, porque le vieron enseñar á persignarse á unos hijos de los bárbaros.

En este estado se halló el siervo de Dios, atormentado más con el aspecto de los vicios y las abominaciones de aquellos idólatras, que con todas sus heridas, llagas y trabajos, cuando llegaron á aquella region algunas naos holandesas á cargar de pescado, las cuales echaron gente en tierra, y haciendo rostro á los bárbaros, los pusieron en huida y saquearon sus tierras.

Entre otros despojos, hubieron al santo mártir, al cual abrigaron y curaron, y dándole libertad, le trajeron consigo y le enviaron á Francia, adonde estuvo poco tiempo, porque no salió hostigado, como los hombres cobardes de la primera refriega, ni su fervoroso pecho temió entrar en la segunda, despues de haber padecido tantos y tan desmedidos trabajos. Antes, como los hombres codiciosos tanto más se abalanzan á la ganancia cuanto más adquieran de oro y plata; así este nuevo mercader del cielo tanto más se encendió en deseo de padecer por Cristo cuanto más habia padecido, y con una sed insaciable de el martirio, viendo abiertas las minas del oro inestimable de la caridad que Dios exhorta á los suyos á comprar en el *Apocalipsi*; se abalanzó á ellas con tan insaciable codicia, que no fué posible detenerle en Francia, y así en la primera embarcacion volvió á Canadá y continuó sus empleos, predicando á los infieles la fe de Cristo y exhortándoles á detestar sus vicios, y en la una y otra predicacion convirtió á muchos.

Tratóse de paces entre los franceses y los hiroqueos, y, como sabia su lengua y habia estado en su tierra, fué enviado por los suyos á establecerlas, como lo hizo con felicísimo suceso.

Volvió victorioso de esta jornada, habiendo establecido la paz y amistad con los bárbaros, cosa muy importante para todo y para la predicacion del

santo Evangelio, cuyo celo le abrasaba las entrañas al santo mártir; y así no le dejó sosegar un punto, porque luego se partió tercera vez á los hiroqueos, de quien habia sido esclavo, para sacarlos á ellos de la esclavitud de Satanás.

Comenzó su predicacion, y el infierno juntamente á hacerle guerra, y como aquellos bárbaros llevaban tan pesadamente que les fuesen á la mano en sus carnalidades y vicios, que son el mayor impedimento para recibir el Evangelio y la ley santa de Cristo, no pudiendo sufrir sus amonestaciones, le prendieron y con diabólico furor le dieron crueles tormentos; arrancáronle las uñas y cortáronle los dedos pulgares con los dientes, desolláronle vivo y pusieronle láminas ardiendo sobre el cuerpo, y, por último remate, le cortaron la cabeza y la pusieron en el árbol más alto de sus términos, para poner terror á todos los cristianos que siguiesen la doctrina del Evangelio.

Así fué coronado este glorioso mártir, y entró triunfando en el cielo á 18 de octubre de 1646 años, como lo afirma el P. Juan Nadaso, que refiere su martirio; aunque otros dicen que fué el año 1648, por ventura movidos de que entónces vinieron las cartas de su relacion á Roma á nuestro P. General Vicente Carrafa.

P. ANDRADE.

PP. CARLOS GARNIER Y NOEL CHAVANAL

EL Venerable P. Cárlos Garnier fué natural de París, hijo de católicos y nobles padres; nació el año de mil y seiscientos y cinco, para grande gloria de Dios y salvacion de muchas almas.

Desde sus tiernos años fué inclinado á la virtud y á las letras; y conociendo sus padres esta buena inclinacion, le pusieron al estudio, en que aprovechó mucho en poco tiempo; y, para mayor aumento, así de la virtud como de las letras, le entraron en el Convictorio que tiene la Compañía en aquella ciudad, á donde se crían muchos hijos de la gente principal con gran recogimiento y virtud: y con el ejercicio y conferencia de letras que tienen unos con otros, aprovechan mucho más que si estuvieran solos en sus casas.

En este Colegio ó Convictorio se crió nuestro Cárlos, y parece que encendió en él el fervor de espíritu, que conservó toda la vida; porque fué ejemplo

de virtud á todos sus discípulos, devoto, modesto, callado, sujeto, humilde, afable, estudioso y aplicado á las obras de piedad.

Huía de los mozos inquietos, glotonos y mal acostumbrados, y tenia por amigos á los que lo eran de Dios, y lo mostraban en sus buenas costumbres; leía libros devotos y aborrecia de tal suerte los que no lo eran que, hallando acaso en una librería un libro que trataba de cosas lascivas, le compró y le quemó porque ninguno le leyese; y lo mismo hiciera si pudiera con todos los libros semejantes.

El dinero que podia haber á las manos en aquella edad, que sus discípulos gastaban en juegos, comidas y bebidas, él lo daba de limosna, y tenia días señalados cada mes, en que visitaba los pobres encarcelados y les repartía lo que habia acaudalado, para tenerlo seguro en el cielo.

Entró desde luego en la Congregacion de nuestra Señora, con quien tuvo tan cordial devocion desde aquellos tiernos años, que la tomó por su Madre, y como á tal la amaba y servia, y siempre fué su refugio y amparo, y la llamaba mi Madre y mi Señora, haciendo tales obras, que mereciese ser su hijo.

Las primeras acciones de la edad, dice Ciceron, que son en los hombres, como las primeras hojas y flores que brotan los árboles, muestras y pronósticos ciertos de lo que han de ser despues; y así las que dió nuestro Cárlos en los primeros años de su juventud fueron muestras y seguro testimonio de la santidad y celo de la gloria de Dios y provecho de las almas, que habia de tener despues.

Llegando á los diez y nueve años de su edad, y muchos más de virtud, pretendió entrar en la Compañía; no se le encubrieron al padre los intentos de su hijo, y á los principios, ó por el amor y sentimiento, ó por probar su vocacion, se mostró esquivo y sentido, haciéndole resistencia; pero viéndole constante, él mismo le trajo á la Compañía, y en su presencia fué recibido en ella, exhortándole á la perseverancia y á la estima de su vocacion.

Quien con tal fervor de virtud procedió en el siglo en medio de las ocasiones, y cuando la sangre hierve en las venas de la juventud, ¿cuál seria el que tendria en la religion, alentado con el ejemplo de tantos buenos y las exhortaciones de tan santos maestros, y el aliento de los que miraba adelantarse en la perfeccion, los cuales, como enseña S. Gregorio, son como los querubines que tiraban el carro que vió Ezequiel de la gloria de Dios, que volando se herian unos á otros con las alas, porque con su ejemplo se espolean y afervorizan unos á otros los siervos de Dios, para volar en su servicio y llevar su gloria por el mundo?

Esto le sucedió á nuestro Cárlos cuando entró en la religion, que con el ejemplo de sus connovicios se afervorizó de manera, que todo su estudio era